

PREGÓN PARA NO DECIR

CON MOTIVO DE LAS FIESTAS EN HONOR A NUESTRO PADRE JESÚS DEL PERDÓN

AÑO 2015

Jerónimo Calero Calero

Porque eres el Camino, has regresado
y estás en esta luz que te proclama,
en el humilde tallo de retama,
en la mano que alza al humillado.

Estás a cada paso, siempre al lado
del que busca consuelo, del que llama
a no se sabe quién, del que derrama
su lástima en la reja de tu arado.

Estás como quien no, como quien vela
con paternal sigilo, como brisa
que alienta nuestra humana desventura.

Y tienes siempre abierta tu cancela
para aquellos que al borde de la prisa
te buscan en su noche más oscura.

Representantes de la Muy Fervorosa y Antigua Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús del Perdón y María Santísima de la Esperanza. Autoridades civiles y eclesiásticas, Hermanos Mayores de las distintas cofradías. Señoras, señores, amigos todos.

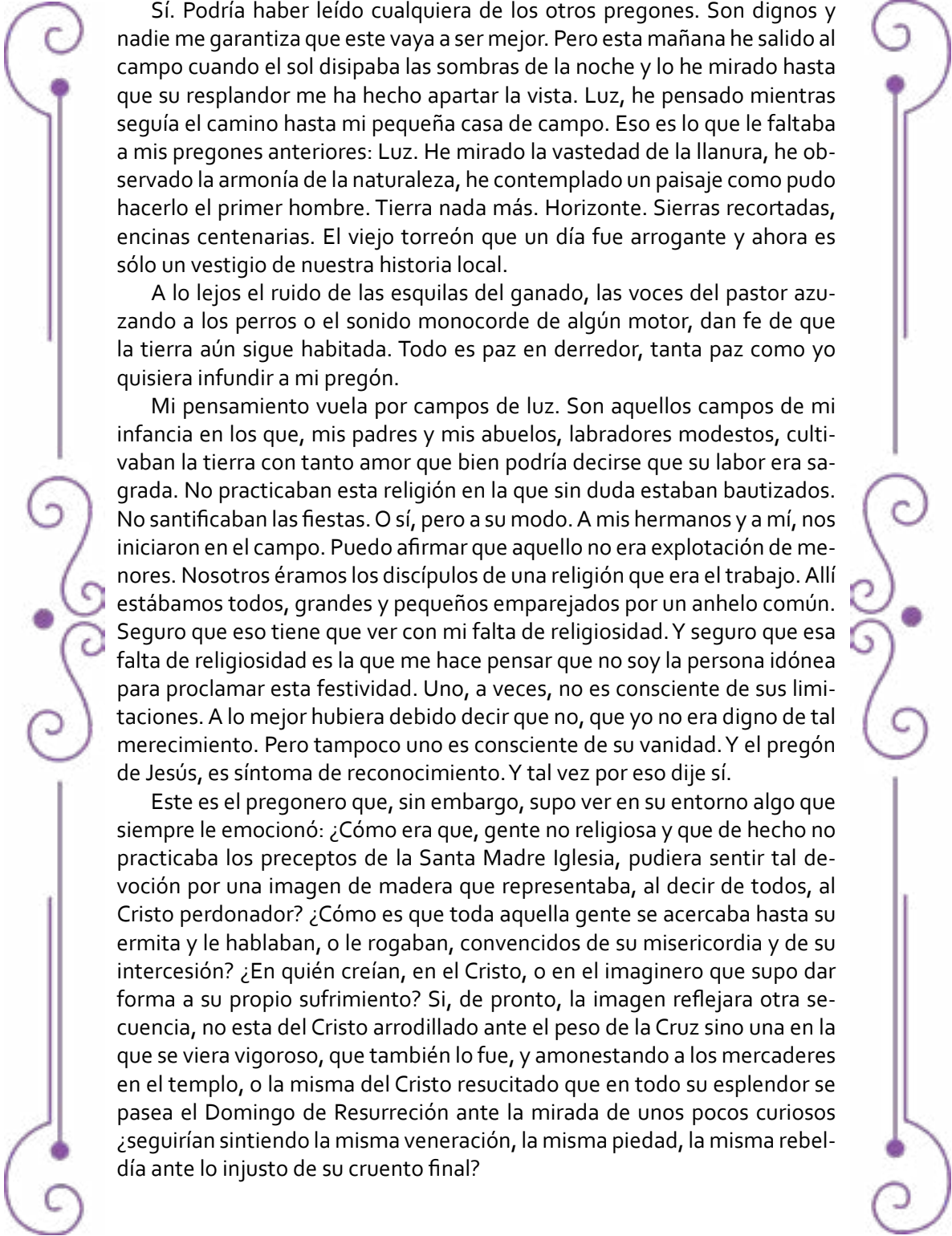
Me van a permitir que mis primeras palabras sean de agradecimiento. Agradecimiento a D. Rafael Huéscar, Hermano Mayor de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús, por haber considerado que mi persona era idónea para dar este pregón. En algún punto del mismo daré cuenta de mi miedo ante tal responsabilidad. Agradecimiento también a D. Manuel Díaz Pinés, por sus palabras, a todas luces más fruto de la amistad que de los merecimientos de este humilde pregonero, y como no, a Mariano Chaparro López-Astillero, este joven músico que me va a acompañar con la guitarra española en su modalidad clásica, de la que es un aventajado estudiante.

I

Estoy a un mes vista de un acontecimiento que será importante en mi vida: Ser el pregonero de Nuestro Padre Jesús del Perdón. Este es el tercer intento de pregón. No es que los otros dos no me gusten. A fin de cuentas, lo que lea es lo que vais a aplaudir, o criticar, o las dos cosas si ambas os parecen oportunas. Habéis confiado en mí porque consideráis que lo que diga será acorde con el acontecimiento. Y yo confío en saber estar a la altura de las circunstancias.

El primer pregón lo empecé a escribir hace muchos años, porque de alguna manera, esperaba tener esta oportunidad. Lo titulaba PREGÓN PARA NO DECIR, porque el que yo esperara ser llamado algún día, no quería decir que fuera a ser llamado. Así que, como tantas de las cosas que he escrito, lo hice para mí y lo archivé esperando mejor ocasión. Pasó el tiempo, me hice mayor y no volví a pensar en este asunto. Pero mira por dónde, hace poco, entablé relaciones a través de la red, con un viejo amigo. Cruzamos correos, fundamos una página y empezamos a saber uno del otro. Él es Manuel Díaz-Pinés, hombre carismático que sabe granjearse la simpatía de la gente y un infatigable trabajador en pro del pueblo que le vio nacer. Manuel fue el pregonero del año pasado y nos dio una lección magistral de lo que para él supone la palabra contraída: Estando ya en Manzanares, le comunicaron el fallecimiento de su hermana Teresa, conocida y querida por todos los manzanareños por su talante y sus muchos años al frente de la librería Díaz-Pinés. Fue un mazazo y Manuel se vino abajo ¿Qué hago, me diría en algún momento? Pero rápidamente me dio también la contestación: Daré el pregón. El resto es historia.

Yo sé, aunque nadie me lo ha dicho, que el honor de estar hoy en este estrado se lo debo a él; que él ha sido mi valedor como en tantas ocasiones durante estos últimos tiempos. Así que, querido amigo Manuel, este pregón va por ti.



Sí. Podría haber leído cualquiera de los otros pregones. Son dignos y nadie me garantiza que este vaya a ser mejor. Pero esta mañana he salido al campo cuando el sol disipaba las sombras de la noche y lo he mirado hasta que su resplandor me ha hecho apartar la vista. Luz, he pensado mientras seguía el camino hasta mi pequeña casa de campo. Eso es lo que le faltaba a mis pregones anteriores: Luz. He mirado la vastedad de la llanura, he observado la armonía de la naturaleza, he contemplado un paisaje como pudo hacerlo el primer hombre. Tierra nada más. Horizonte. Sierras recortadas, encinas centenarias. El viejo torreón que un día fue arrogante y ahora es sólo un vestigio de nuestra historia local.

A lo lejos el ruido de las esquilas del ganado, las voces del pastor azuzando a los perros o el sonido monocorde de algún motor, dan fe de que la tierra aún sigue habitada. Todo es paz en derredor, tanta paz como yo quisiera infundir a mi pregón.

Mi pensamiento vuela por campos de luz. Son aquellos campos de mi infancia en los que, mis padres y mis abuelos, labradores modestos, cultivaban la tierra con tanto amor que bien podría decirse que su labor era sagrada. No practicaban esta religión en la que sin duda estaban bautizados. No santificaban las fiestas. O sí, pero a su modo. A mis hermanos y a mí, nos iniciaron en el campo. Puedo afirmar que aquello no era explotación de menores. Nosotros éramos los discípulos de una religión que era el trabajo. Allí estábamos todos, grandes y pequeños emparejados por un anhelo común. Seguro que eso tiene que ver con mi falta de religiosidad. Y seguro que esa falta de religiosidad es la que me hace pensar que no soy la persona idónea para proclamar esta festividad. Uno, a veces, no es consciente de sus limitaciones. A lo mejor hubiera debido decir que no, que yo no era digno de tal merecimiento. Pero tampoco uno es consciente de su vanidad. Y el pregón de Jesús, es síntoma de reconocimiento. Y tal vez por eso dije sí.

Este es el pregonero que, sin embargo, supo ver en su entorno algo que siempre le emocionó: ¿Cómo era que, gente no religiosa y que de hecho no practicaba los preceptos de la Santa Madre Iglesia, pudiera sentir tal devoción por una imagen de madera que representaba, al decir de todos, al Cristo perdonador? ¿Cómo es que toda aquella gente se acercaba hasta su ermita y le hablaban, o le rogaban, convencidos de su misericordia y de su intercesión? ¿En quién creían, en el Cristo, o en el imaginero que supo dar forma a su propio sufrimiento? Si, de pronto, la imagen reflejara otra secuencia, no esta del Cristo arrodillado ante el peso de la Cruz sino una en la que se viera vigoroso, que también lo fue, y amonestando a los mercaderes en el templo, o la misma del Cristo resucitado que en todo su esplendor se pasea el Domingo de Resurrección ante la mirada de unos pocos curiosos ¿seguirían sintiendo la misma veneración, la misma piedad, la misma rebeldía ante lo injusto de su cruento final?

II

En la ermita de la Veracruz el último vencejo se refugia en la espadaña del viejo campanario. El reloj de la plaza da las nueve con ese sonido postizo que le presta la tecnología. La Iglesia de la Asunción está llena de devotos a la espera de la palabra del predicador. Los predicadores son como poetas, o como pregoneros. Utilizan la palabra para con-mover, para llegar al alma de los escuchantes desde esas proclamas que hablan de un hombre que era Dios, o de un Dios que se hizo hombre. Los predicadores vuelcan en sus palabras toda la fe de la que son capaces. Y recuerdan, año tras año, la crucifixión y muerte de Jesús con palabras que rebotan en el silencio de la iglesia, en la madera de los confesonarios, en el mármol de las baldosas y desde allí inician un recorrido hasta los miradores del alma. ¡Qué bien habla!, dirán los que, atentos, se han quedado prendidos en aquella maraña de sensaciones a las que, como un prestidigitador que sabe su oficio, ha dado forma.

Bajando por la calle Empedrada, de camino hacia la iglesia, se recorta en el cielo una luna menguante sobre el negro fondo de la noche y el destello de las luces terrenales. Allí, estática, como una oyente más, se deja atrapar por las palabras que, como una bandada de palomas blancas (bien podrían ser grises, pero parece que la ocasión requiere que fueran blancas), se escapan a través de las vidrieras. Puede que la luna no entienda de crucifixiones, pero tampoco sabemos si entiende de amor y todos los enamorados la utilizan para enmarcar el suyo. Yo quisiera pensar que sí; que la luna está ahí para escuchar al predicador, para emocionarse con esas imágenes que ve desde su atalaya y para reflejarnos la luz de su entendimiento.

La luna alumbra el haz de este cortejo
que en procesión te sigue hasta el calvario
en un gesto de amor que, solidario,
quiere hacerse dolor por tu reflejo.

Hoy tiene su plegaria como un dejo
de infinita tristeza. Es necesario
que regreses a un mundo que a diario
necesita tu voz y tu consejo.

Dijiste luz, y abundan los abismos.
Dijiste amor, y hay odio en las miradas,
dijiste paz y hay pífanos de guerra.

Si aún la vida se nutre de egoísmos.
Si aún hay almas que están atribuladas.
¿Cuándo vuelves, Señor, por esta tierra?

III

El hombre es un ser de luz. Lástima que, algunas veces las sombras se apoderen de nosotros y anulen nuestra generosidad, nuestros propósitos de ser mejores, nuestra excelsa naturaleza.

Hoy he visto una noticia en televisión que me ha sobrecogido. A un pequeño que por algún motivo de nacimiento o de tratamiento, le faltaban los pies y las manos, le han trasplantado unas manos. Ya sé que no podrá catalogarse como milagro, pero sí se puede pensar que Jesús estuvo en el equipo de aquél cirujano. Ya sé que para trasplantar unas manos, hace falta que otro niño muera. Pero ese es nuestro sino. Y tal vez por ese gesto, la familia del niño muerto, vea, reconfortada, cómo las manos de su hijo van a seguir aferrándose a la vida en el niño vivo.

Son destellos, pinceladas de vida en las que el ser humano sigue el ejemplo de aquel Hombre que sufrió su calvario personal convencido de que con su muerte y su generosidad sin límites redimía los pecados de todos los hombres.

La imagen de nuestro Patrón, nos refleja a un ser doliente. Un imaginero supo ponerle rostro y dar a ese rostro la serenidad, la fortaleza, la mansedumbre, la esperanza, la magnanimidad, la luz de una mirada que pide perdón por un mundo equivocado. Hacia ella vuelven los ojos los que necesitan su amparo; los que ya no encuentran los remedios a sus males, los que necesitan una esperanza a la que aferrarse; un hombro sobre el que llorar, una mirada de consuelo.

IV

El pueblo llano, del que vengo, se deja guiar por el instinto más que por la reflexión; de ahí que ese pueblo llano, sea capaz de pasar de liturgia, de misa y novena y, sin embargo, sienta la imperiosa necesidad de hacer descalzo el recorrido procesional en cumplimiento de alguna promesa. Y es que, cuando uno se ve en una situación extrema, sea de la índole que sea, acude a lo sobrenatural. ¿Quién puede socorrer a los humanos cuando los medios con que cuentan se han manifestado impotentes? Más, ¿quién puede serenar el ánimo ante lo injustificado de una muerte prematura; ante la desesperación por una enfermedad incurable; ante el miedo a un futuro impredecible? ¿Quién tiene la llave, la fuerza, la magnanimidad que en ese momento necesita el alma? Y el pueblo vuelve los ojos a esa imagen tallada que representa todo aquello que no se vende en los mercados de la vida. En definitiva, lo que el pueblo está haciendo es volverse hacia sí mismo, descubriendo que tiene una fortaleza que no había desarrollado y que la esperanza sigue esperando. Y es ahí donde los ojos del Cristo hablan ese idioma sin palabras en el que todos nos entendemos. Es ahí, justo en esa manifestación del ser, donde se encuentra el consuelo necesario, el milagro que le hará superar la mala racha, el infortunio e incluso la enfermedad. Porque Dios, ya nos lo han dicho, está en todas partes, incluso en esta talla de madera a la que se le confieren poderes milagrosos.

Ser de Manzanares, conlleva venerar a nuestro Patrón. Se esté donde se esté, más incluso, si el lugar en el que se reside pone distancia por medio. Cuántas familias emigradas vuelven al cabo de los años impelidos por ese poso de nostalgia que nunca llegó a diluirse. Cuántas fotografías con la imagen de Nuestro Padre Jesús están enmarcadas en los salones de los manzanareños ausentes; cuánta memoria vive agazapada en las sombras de esas vidas que han tomado otros rumbos, otros hábitos, incluso otras tradiciones.

Se és de donde se pace, dice un adagio popular al que no le falta razón. Pero lo que nadie puede poner en duda es que, además, se és de donde se nace. Lo sé por experiencia. Yo estuve fuera un largo tiempo. Siempre tuve la mirada vuelta hacia nuestra torre, hacia los lugares en los que transcurrió mi infancia; hacia esta pequeña ermita en la que, alguna vez, en actitud recogida, como tantos, le pedí a Jesús imposibles. Eran viajes de fin de semana, o algunas cortas vacaciones, lo suficiente para que esa necesidad espiritual se calmara. Sólo hacía falta bajar por el paseo de la estación para que el vigor se restaurara en mi ánimo; sólo hacía falta ver el majestuoso Casino, al que nunca o muy pocas veces pasé, para no sentirme ajeno; sólo hacía falta cruzar por las calles mortecinas, que llevaban hasta mi casa, para saber que allí estaba mi esencia.


V

Definitivamente, a mi pregón le faltaba luz. Tal vez el personaje, tan cruelmente ajusticiado, tan traído hasta nosotros como símbolo de amor y perdón, como hijo de Dios, muerto por redimir nuestros pecados, se prestaba a hacer un panegírico de su sufrimiento. Tenía que ser, por tanto, trágico el contenido, sombría la descripción, tristes las palabras con las que documentar esta semblanza. Así pensaba hasta hoy.

Pero hoy he decidido hablar de luz; de la luz que emana de su esencia; de la esperanza que supone su entrega, del resurgimiento a una dimensión espiritual que en este momento no acierto a imaginar.

Pinceladas de luz para afirmar que la Tierra es una resurrección constante: El sol sale todos los días, las plantas se renuevan por gracia de la savia; la siembra da lugar a las cosechas; las manos del hombre cultivan lo que mañana será nuestro alimento: El pan y el vino, símbolos del cuerpo y la sangre de Cristo, son, antes, semillas y frutos que precisan de la elaboración y del trabajo. Todo se desarrolla a través de un proceso armónico. Esta es, en verdad, la Eternidad, la Tierra Prometida.

Me vais a permitir que al hablar de Jesús no lo haga como si se tratase de Dios. No sabría. Dios es un concepto tan amplio, tan abstracto, que me perdería en divagaciones. Prefiero hablaros del hombre. Y, aunque luego lleguemos a la tragedia, hablaremos primero de la esperanza que supone sentir. Los sentidos son nuestro mecanismo de integración al medio en el que habitamos. Son inherentes a cualquier ser humano. Y Jesús fue hombre: Y vio, y olió, y tocó y gustó y oyó.



Por imaginarnos, primero vería a los niños de su aldea, jugaría con ellos, correría por los campos, desparramaría el serrín del taller de su padre; sería un niño, como todos los niños de la tierra que tan pronto se rompen una ceja como hacen una travesura que les costará una reprimenda.

A medida que fuera creciendo, se irían desarrollando sus sentidos y amando todo aquello que lo rodeaba. Esa era, en primera instancia su misión como hombre: Sentir. Y, sin duda, Jesús sintió amor, sintió dolor, sintió complacencia. Porque sintió como hombre. Y como hombre, tuvo luces, sombras, dudas. Nadie puede decir, sería aventurado, que Jesús vino con unas condiciones distintas al resto de los humanos. Al menos mientras fue mortal tendría muchas de las limitaciones que son inherentes a nuestra condición. Y era necesario que fuera así para que conociera, entendiera, amara a su prójimo. Si algo une es la camaradería, la convivencia, los tragos, malos y buenos que hemos pasado con nuestros amigos. Al final, es en eso en lo que se cimienta una amistad.

Y Jesús fue amigo de la gente. Amó a sus discípulos. Estuvo al lado de la adúltera evitando su lapidación. Fue amigo de Lázaro a quien resucitó, de María de Magdala a quien expulsó siete demonios. En las bodas de Caná de Galilea realizó el milagro del vino a petición de su madre. Y la gente lo aclamó en su entrada a Jerusalén. Era, es cierto, un hombre tocado por la gracia, pero como lo puede ser cualquier hombre en cualquier momento y en cualquier situación. Ejemplos tenemos de hombres y mujeres que han entregado su vida a una causa, sea esta social, cultural, deportiva, religiosa. Gentes que han dado incluso su vida en aras de un ideal. Gente en la mayoría de los casos, desconocida, anónima, que han entregado su existencia al cuidado de los más necesitados, sean propios o ajenos, que han dado ejemplo de lo que es una vida al servicio de los demás.

La historia llega hasta nuestros días hablándonos de un hombre cuya palabra transmitía emociones, cuyos ojos despedían una luz confortadora, cuyas manos sanaban. Es cuando menos curioso que un hombre así no hubiera prosperado económicamente; que se pusiera del lado de los menesterosos que prefiriera las aldeas a las grandes ciudades, que predicara en los montes y llamara bienaventurados a los pobres, a los afligidos, a los limpios de corazón.

He querido que mi pregón no incida en lo que ya es sabido. He querido pintar a un ser de luz porque eso interpreto que es Jesús. He querido dejar una imagen de fortaleza, como esas fotos que ahora sustituyen a los fallecidos en los tanatorios para que el recuerdo de la persona sea el de sus mejores momentos. Yo sé que, probablemente, provoca más impacto el rostro sufriente. Pero Jesús salió victorioso del trance. Y resucitó como resucitaremos todos a una dimensión de eternidad. Este he querido que, humildemente, fuera mi mensaje.

